



## *El hablador* (1987)

# Voz inmortal

**Andrei Atanasovski**

*Yo, ¿qué tengo?  
Las cosas que me cuentan y que cuento, nada más.*

La historia comienza en Firenze, Italia, donde el narrador dice tratar de deslindarse del Perú y de los peruanos. Sin embargo, cae de manera fortuita en una exposición del fotógrafo Gabriele Malfatti, cuya temática central es el nativo en la selva amazónica, el narrador desea comprar una de las enigmáticas y bellas fotografías; no está a la venta. Este pequeño acontecimiento da pie a un viaje de vuelta en la memoria hacia sus años como estudiante sanmarquino en los cuales conoció a Saúl Zuratas, "Mascarita", un joven poco agraciado de ascendencia israelí. Pasa a ser su fiel compinche de conversaciones alturas y filosóficas. Dado su espíritu aventurero y filántropo, Saúl falta constantemente a clases y se enrumba en viajes por todo el Perú, sobre todo al oriente, enamorándose de la Amazonía.

Sus conversaciones se tornan cada vez menos plurales y empieza a rondar sobre el mismo tema: la vida y cultura de los machiguenga, una etnia nómada de la Amazonía peruana, y cómo su forma de vida se imprime en el alma de "Mascarita" transformándolo por completo; son los dos ejes que articulan el libro.

Los machiguenga son nómadas, caminan por la selva del Amazonas; su tradición les dice que mientras ellos caminan el sol se mueve, y que cuando dejen de andar el sol no volverá a salir. Qué cohesionada a esta etnia tan dispersa, los habladores, personas que van de un grupo a otro hablando y contando desde los viejos mitos hasta los últimos sucedidos y novedades: "El hablador no sólo trae noticias

actuales. También del pasado. Es probable que sea, asimismo, la memoria de la comunidad. Que cumpla una función parecida a la de los trovadores y juglares medievales", "[...] sus bocas eran los vínculos aglutinantes de esa sociedad a la que la lucha por la supervivencia había obligado a resquebrajarse y desperdigarse a los cuatro vientos", "[...] hacían larguísimas travesías de días y semanas llevando y trayendo historias de unos machiguengas a otros, recordando a cada miembro de la tribu que los demás vivían, que, a pesar de las grandes distancias que los separaban, formaban una comunidad y compartían una tradición".

La tradición oral se muestra como eje trascendental en la memoria colectiva de los pueblos. No solo de la Amazonía, sino de la humanidad en general, desde la Amazonía hasta los Andes. Todas cuentan con un narrador, con alguien que lleva la historia de boca en boca, he ahí el rol del hablador: "Hablar como habla un hablador es haber llegado a sentir y vivir lo más íntimo de esa cultura, haber calado en sus entresijos, llegado al tuétano de su historia y su mitología!". En un momento de la historia se le compara con la figura del *seanchaí*: decidor de viejas historias en Irlanda, aquel que sabe cosas. Aun en nuestros días, en el calor humoso de un pub, en una fiesta suspensa de pronto ante el hechizo de su palabra, o en una casa familiar junto a la chimenea, el *seanchaí* cuenta —mientras afuera gotea la lluvia o ruge la tormenta— antiguísimas fábulas, historias épicas, amorfos terribles, inquietantes milagros.

Saúl, conforme va adentrándose en el mundo de los machiguenga, deja atrás la realidad más próxima; así, para poder acercarse más al pueblo en su afán de ayudarles, empieza a contarle historias como la de Morenanchiite, señor del trueno, y sin percatarse, entra en la vida de la comunidad amazónica y pasa a ser un hablador, aquel encargado de mantener viva su memoria, y de ninguna manera puede objetar tal honor:

Yo repetía la historia de Morenanchiite por donde iba, pues. Ellos me escuchaban y se pondrían contentos tal vez. Cuéntanos, cuéntanos. Poco a poco, sin saber lo que estaba pasando, empecé a hacer lo que ahora hago.

Un día, al llegar adonde una familia, a mi espalda dijeron: Ahí llega el hablador, vamos a oírlo. Yo escuché, me quedé muy sorprendido. ¿Hablan de mí?, les pregunté. Todos movieron las cabezas, de ti, de ti hablamos, asintiendo. Yo era, pues, el hablador. Me quedé lleno de asombro. Así me quedé. Mi

corazón un tambor parecía. Golpeando en mi pecho: bom, bom. ¿Me había encontrado con mi destino?”.

Esta maravillosa y poderosa historia mantiene al lector inserto de principio a fin, lo transporta de manera magistral a los confines de la Amazonía con bellas imágenes como el ocaso en el horizonte selvático o los viajes en medio de la interminable vegetación. Tal vez su principal virtud radica en su misma temática, en los habladores.

La transmisión de la cultura, la historia y los hechos de manera oral, la existencia de los sabios y el poder y respeto que brinda. Este concepto siempre ha estado presente en todas las culturas y civilizaciones. La reflexión más interesante es que en muchas ocasiones los narradores orales, que devienen en profesionales, no fueron quienes eligieron el oficio, sino que fueron las historias las que los eligieron a ellos.